

LA PUBLICIDAD

DIARIO DE AVISOS, NOTICIAS Y TELEGRAMAS

Suscripciones	Un mes	Tres meses	Six meses	Un año	NUMERO	DIRECTOR Y ADMINISTRADOR-PROPIETARIO	NUMERO	Inserciones	1.ª plana	2.ª plana	3.ª plana	4.ª plana
Granada	Ptas 1:50	4:50	9:00	18:00	5	FERNANDO GÓMEZ DE LA CRUZ	5	Anuncios, línea, una vez, tipo 8.	2 p.	1 p.	0:50	0:75 p.
Provincias	1:75	5:00	10:00	20:00	cénts.	Oficinas y Talleres, calle de Gracia, número 4	cénts.	Mortuorios y reclamos, línea.	10 p.	5 p.	2:00 p.	>
Extranjero	10:00	20:00	40:00	>		Teléfono núm. 177.—Apartado de Correos núm. 37		Comunicados, línea.	100 p.	75 p.	2 a 50	>

LA PUBLICIDAD

Es el diario de mayor circulación de Granada y su provincia

Se alquilan los amplios bajos que hoy ocupan en el Banco del Salón, núm. 3, los almacenes de granos de los Sres Carrillo y Compañía.—Para tratar, en las oficinas, Campo Verde, 3.

EL AMOR AL CAMPO

En España no hay verdadero amor a la vida del campo, y son muy pocos los agricultores que viven en sus fincas.

La juventud, ansiosa de medro, no ve más horizonte que las carreras literarias, o impulsada por la monomanía de vivir a costa del presupuesto, pasa los días en intrigas, y se ocupa en las tareas de un empleado, en vez de consagrarse al estudio agronómico con más utilidad para ellos y más provecho para la patria.

El hijo de un labrador inglés viaja por la India, visita las grandes ciudades, corre los mares, pero marcha por doquiera con la idea fija de volver al hogar campesino. Para él la suprema dicha es hacer más productiva la granja donde nació y embellecerla con las obras de arte que en sus viajes ha recogido, o si carece de fortuna, trata de buscarla en sitios donde sus primeros años se desarrollaron.

El hijo de un agricultor español que ha heredado un patrimonio territorial, no piensa, por el contrario, más que en dejarlo para no volver a él. Le molesta el valuarlo temprano a visitar sus campos y sus ganados, desprecia el trato de los que le sirven, y sus ojos miran con indiferencia la techumbre donde sus padres trabajaron sin descanso por legarle la fortuna que posee y que ha servido para educarse.

Desdén las tierras, los ganados y las plantas que le proporcionan recursos para vivir en la holganza, y no piensa en residir en medio de sus obreros estudiando de la manera de aumentar los productos de su hacienda.

Atraído constantemente por el bullicio de la ciudad, procura vivir lejos de su hogar campesino, y trata de extinguir en su familia la afición a los sencillos gozos del campo, substituyéndolos con el incentivo escabroso del lujo y de los placeres urbanos. ¿Y cuál es el resultado de tal error? Escasez de producción en la hacienda; miserables salarios para el obrero, menguada renta para el propietario; aumento y falta de tributos para el Estado.

Entre la ausencia continua del agricultor y la ruina de su hacienda hay la relación de causas y efectos, porque es claro que, faltando la dirección y la vigilancia de los patronos, las operaciones rurales se harán tarde y de mala manera.

En ninguna clase de industria se requiere tanto como en la agrícola que el jefe vigile la marcha de las operaciones, y que los operarios lo sepan.

El sentido común expresa la convicción de que el propietario viva en su finca, en refranes tan expresivos como este: «El ojo del amo engorda el caballo».

Cuando el propietario desdén la inspección sus labores personalmente, todo marcha mal en la hacienda: los operarios pierden el tiempo y absorben las utilidades de la explotación; los ganados, sin vigilancia, desahogan sus malos instintos maltratando las yuntas, y los vaqueros ordenan mal y dejan morir los terneros. Así se explica que los pequeños propietarios, que viven constantemente en sus fincas, y que toman parte en los diversos quehaceres rurales, realicen siempre mayores ganancias que los grandes hacendados que no administran directamente sus fincas.

El pequeño propietario dirige personalmente todas las operaciones; sus hijos tienen a su cargo los diversos quehaceres: unos cuidan el ganado, otros labran la tierra, y otros van al mercado a vender los productos. Las mujeres de la familia no se muestran menos activas.

Todas se dedican a pequeñas industrias complementarias, que rinden pingües utilidades: unas ordeñan las vacas y hacen el queso y la manteca; otras cuidan las aves de corral y recogen los huevos. Esta buena organización del trabajo doméstico en las familias rurales es la razón por que el pequeño propietario realiza mayores ganancias que el gran hacendado de nuestro país, que vive siempre agobiado de deudas, tanto mayores cuanto mayor es su hacienda.

CUENTO

LOS AVAROS

Don Nicomedes Mas era un solterón de muy buen humor y se había hecho célebre en el barrio por sus divertidas bromas. Pero por muy bromista que un hombre sea, no puede él librarse de esa

broma pesada y definitiva que se llama la muerte.

Por eso, en la trastienda de la bollería, en cuerpo rígido descansaba ya entre cuatro velas que acababan de encenderse el bollerero y su mujer, con quienes el buen D. Nicomedes habitaba.

—¡Pobrecito!—dijo la mujer del bollerero, frotándose con el revés de la mano los párpados húmedos.—¡Qué carácter tan alegre tenía! ¡Ni una sola vez lo he visto de mal humor en los siete años que ha vivido en casa!

—¡Tienes razón!—murmuró el bollerero.—Su muerte me da mucha pena... Y no es por lo que con él ganábamos, pues de los ocho reales que pagaba nos quedaban libres sólo dos, escasamente.

—Pero, en fin, nos ha nombrado herederos. No ha burlado nuestras esperanzas.

—¡E! verdades! Mas, ¡qué necesidad tenía de dejar esas 3.000 pesetas al sobrino de Calabacín del Valle!—exclamó el bollerero, volviendo a leer el testamento ológrafo que el muerto había dejado entre sus papeles.

—¡Eso es lo que yo también me pregunté!—¡A dejar 3.000 pesetas a un sobrino que, en siete años, no ha venido a verlo más que cuatro veces, y las cuatro a pedirle dinero!—añadió la mujer.

—¿Por qué el caso es que el darle esa cantidad al sobrino, viene a ser lo mismo que quitársela a nosotros. ¡Ya ves lo que nos queda! ¡14.000 pesetas! ¿Qué son 14.000 pesetas? ¡Nada!... Mientras que con las 17.000 ya había para alguna cosa.

—Dime, ¿estás obligado a entregársela al sobrino las 3.000 pesetas?

—¡Y lo eres!

—¡Basta! ¿Y te figuras tú que en Calabacín del Valle se va a saber nada de esto?

—¡Como que lo dice aquí... y bien claro!

—¡Cien no enseñar a nadie eso pa peli...

—¡Es que si no lo enseñamos no nos entregan a nosotros las 14.000 pesetas que nos corresponden como herederos del difunto!

—¡Ahí entonces, ¡qué remedio tiene!

—¡Dijo ella lanzando un suspiro.

—Lo que estoy pensando es lo ocurrido a él, después de un instante de reflexión—expropió a ese sobrino que el pago de las 3.000 pesetas sea en bollos en vez de ser en dinero.

—¡Buena idea!

—Y como los bollos nos dejan una ganancia de las cinco sextas partes de su precio, con quinientas pesetas despachá bamos.

—¡Quinientas pesetas! ¡Mucho es toda vía!... Mas ¿qué se le va a hacer? ¡Hay que sacrificarse! ¿Quéamos en que le propondrás el pago en bollos!

—Y ahora pienso otra cosa—dijo él preocupado.

—¿Qué?

—Que hoy es día de fiesta, y el haber muerto hoy D. Nicomedes nos trae un perjuicio grande.

—No comprendo.

—Mujer, ¿no sabes que los días de fiesta se despacha doble que los demás días?

—¿Y cómo está el perjuicio?

—¡Pues es evidente! Si hoy que íbamos a despachar doble que ayer tenemos la tienda cerrada...

—¿Cerrada?

—¡Cerrada, sí! ¿Dónde has visto tú que abra sus puertas al público un establecimiento con un muerto de cuerpo presente?

—¡Es verdad!

—Después de todo, no es de la familia, pero... ¿Y recordas la ganancia del domingo pasado?

—¡No me ha de acordar, hombre! ¡Treinta y nueve pesetas y media!

—¡Justo! Pues eso, por lo menos, ha flamos hoy. De modo que ya no son 14.000 pesetas las que heredamos, sino 13.960 con 50 céntimos.

—¡Mira usted que ir a morir en día de fiesta!

—¡Ahí me olvidaba... Ni siquiera llega a esa suma!

—¿Cómo? ¿Aún hay que quitar algo?

—¡Forzosamente! ¿Quién ha de pagar los gastos del entierro más que nosotros?

—Era el empleado de la funeraria. Hicieron pasar a la trastienda, donde estaban ellos, junto al cadáver de don Nicomedes.

—¿Cuánto es este atañí?—le preguntaron fijándose en uno de los tres que le iba para que eligieran.

—Seenta pesetas—contestó el hombre.

El bollerero y su mujer miráronse atónitos.

—¿No lo queremos tan caro—dijo el porfirio—¿Cuánto es ese otro?

—Cuarenta.

—¿Qué precios! ¿Qué quieren ustedes? ¡No se muere más que una vez en la vida.

—Y aquel otro cuánto vale?—preguntó la mujer mirando al tercero.

—Veinte pesetas. Es el más barato. Pero crep que esto no sirva.

Y midiendo al muerto de la cabeza a los pies, y luego midiendo el tercer atañí, el empleado de la funeraria añadió:

—¡Lo que yo pensaba! Es demasiado corto. Tiene sesenta centímetros menos.

—¿Sólo sesenta centímetros? ¡Eso no es nada! ¡Este de veinte pesetas es el que tomaremos!

—Ya les he dicho que no sirva, que es demasiado corto... ¡Como el muerto no enoja las piernas...

—¡Pues que las encoja!—exclamó el bollerero resmetidamente.—Eso para un muerto no es ninguna molestia... Cuando hace falta, ¿no las encoje un vivo?

—Al ir a poner a D. Nicomedes dentro del atañí, los bollereros y los empleados de la funeraria empuñáronse en doblarle un poco las piernas.

—Pero el muerto piteo que tiego!

Después de varios esfuerzos inútiles, volvieron a insistir en su propósito, e hicieron tan a lo vivo, que D. Nicomedes se levantó y, dando un brinco, dijo, visiblemente incomodado:

—¡E! se acabó! ¡Ya he tenido bastante paciencia! ¿De qué manera ha de decir un muerto que no quiere estar con las piernas encogidas?

Y el difunto abrió la puerta y se fué a la calle.

—Pasada la primera impresión de espanto, dijo el bollerero a su mujer:

—¡Ahí tiene! ¡Agora lo hemos perdido! ¡El difunto ha reanidado!

Y la mujer murmuró, casi sin aliento:

—¡La verdad es que debiera pagarnos las velas!

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

—Era el empleado de la funeraria. Hicieron pasar a la trastienda, donde estaban ellos, junto al cadáver de don Nicomedes.

—¿Cuánto es este atañí?—le preguntaron fijándose en uno de los tres que le iba para que eligieran.

—Seenta pesetas—contestó el hombre.

El bollerero y su mujer miráronse atónitos.

—¿No lo queremos tan caro—dijo el porfirio—¿Cuánto es ese otro?

—Cuarenta.

—¿Qué precios! ¿Qué quieren ustedes? ¡No se muere más que una vez en la vida.

—Y aquel otro cuánto vale?—preguntó la mujer mirando al tercero.

—Veinte pesetas. Es el más barato. Pero crep que esto no sirva.

Y midiendo al muerto de la cabeza a los pies, y luego midiendo el tercer atañí, el empleado de la funeraria añadió:

—¡Lo que yo pensaba! Es demasiado corto. Tiene sesenta centímetros menos.

—¿Sólo sesenta centímetros? ¡Eso no es nada! ¡Este de veinte pesetas es el que tomaremos!

—Ya les he dicho que no sirva, que es demasiado corto... ¡Como el muerto no enoja las piernas...

—¡Pues que las encoja!—exclamó el bollerero resmetidamente.—Eso para un muerto no es ninguna molestia... Cuando hace falta, ¿no las encoje un vivo?

—Al ir a poner a D. Nicomedes dentro del atañí, los bollereros y los empleados de la funeraria empuñáronse en doblarle un poco las piernas.

—Pero el muerto piteo que tiego!

Después de varios esfuerzos inútiles, volvieron a insistir en su propósito, e hicieron tan a lo vivo, que D. Nicomedes se levantó y, dando un brinco, dijo, visiblemente incomodado:

—¡E! se acabó! ¡Ya he tenido bastante paciencia! ¿De qué manera ha de decir un muerto que no quiere estar con las piernas encogidas?

Y el difunto abrió la puerta y se fué a la calle.

—Pasada la primera impresión de espanto, dijo el bollerero a su mujer:

—Era el empleado de la funeraria. Hicieron pasar a la trastienda, donde estaban ellos, junto al cadáver de don Nicomedes.

—¿Cuánto es este atañí?—le preguntaron fijándose en uno de los tres que le iba para que eligieran.

—Seenta pesetas—contestó el hombre.

El bollerero y su mujer miráronse atónitos.

—¿No lo queremos tan caro—dijo el porfirio—¿Cuánto es ese otro?

—Cuarenta.

—¿Qué precios! ¿Qué quieren ustedes? ¡No se muere más que una vez en la vida.

—Y aquel otro cuánto vale?—preguntó la mujer mirando al tercero.

—Veinte pesetas. Es el más barato. Pero crep que esto no sirva.

Y midiendo al muerto de la cabeza a los pies, y luego midiendo el tercer atañí, el empleado de la funeraria añadió:

—¡Lo que yo pensaba! Es demasiado corto. Tiene sesenta centímetros menos.

—¿Sólo sesenta centímetros? ¡Eso no es nada! ¡Este de veinte pesetas es el que tomaremos!

—Ya les he dicho que no sirva, que es demasiado corto... ¡Como el muerto no enoja las piernas...

—¡Pues que las encoja!—exclamó el bollerero resmetidamente.—Eso para un muerto no es ninguna molestia... Cuando hace falta, ¿no las encoje un vivo?

—Al ir a poner a D. Nicomedes dentro del atañí, los bollereros y los empleados de la funeraria empuñáronse en doblarle un poco las piernas.

—Pero el muerto piteo que tiego!

Después de varios esfuerzos inútiles, volvieron a insistir en su propósito, e hicieron tan a lo vivo, que D. Nicomedes se levantó y, dando un brinco, dijo, visiblemente incomodado:

—¡E! se acabó! ¡Ya he tenido bastante paciencia! ¿De qué manera ha de decir un muerto que no quiere estar con las piernas encogidas?

Y el difunto abrió la puerta y se fué a la calle.

—Pasada la primera impresión de espanto, dijo el bollerero a su mujer:

—¡Ahí tiene! ¡Agora lo hemos perdido! ¡El difunto ha reanidado!

Y la mujer murmuró, casi sin aliento:

—¡La verdad es que debiera pagarnos las velas!

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

—Era el empleado de la funeraria. Hicieron pasar a la trastienda, donde estaban ellos, junto al cadáver de don Nicomedes.

—¿Cuánto es este atañí?—le preguntaron fijándose en uno de los tres que le iba para que eligieran.

—Seenta pesetas—contestó el hombre.

El bollerero y su mujer miráronse atónitos.

—¿No lo queremos tan caro—dijo el porfirio—¿Cuánto es ese otro?

—Cuarenta.

—¿Qué precios! ¿Qué quieren ustedes? ¡No se muere más que una vez en la vida.

—Y aquel otro cuánto vale?—preguntó la mujer mirando al tercero.

—Veinte pesetas. Es el más barato. Pero crep que esto no sirva.

Y midiendo al muerto de la cabeza a los pies, y luego midiendo el tercer atañí, el empleado de la funeraria añadió:

—¡Lo que yo pensaba! Es demasiado corto. Tiene sesenta centímetros menos.

—¿Sólo sesenta centímetros? ¡Eso no es nada! ¡Este de veinte pesetas es el que tomaremos!

—Ya les he dicho que no sirva, que es demasiado corto... ¡Como el muerto no enoja las piernas...

—¡Pues que las encoja!—exclamó el bollerero resmetidamente.—Eso para un muerto no es ninguna molestia... Cuando hace falta, ¿no las encoje un vivo?

—Al ir a poner a D. Nicomedes dentro del atañí, los bollereros y los empleados de la funeraria empuñáronse en doblarle un poco las piernas.

—Pero el muerto piteo que tiego!

Después de varios esfuerzos inútiles, volvieron a insistir en su propósito, e hicieron tan a lo vivo, que D. Nicomedes se levantó y, dando un brinco, dijo, visiblemente incomodado:

—¡E! se acabó! ¡Ya he tenido bastante paciencia! ¿De qué manera ha de decir un muerto que no quiere estar con las piernas encogidas?

Y el difunto abrió la puerta y se fué a la calle.

—Pasada la primera impresión de espanto, dijo el bollerero a su mujer:

—Era el empleado de la funeraria. Hicieron pasar a la trastienda, donde estaban ellos, junto al cadáver de don Nicomedes.

—¿Cuánto es este atañí?—le preguntaron fijándose en uno de los tres que le iba para que eligieran.

—Seenta pesetas—contestó el hombre.

El bollerero y su mujer miráronse atónitos.

—¿No lo queremos tan caro—dijo el porfirio—¿Cuánto es ese otro?

—Cuarenta.

—¿Qué precios! ¿Qué quieren ustedes? ¡No se muere más que una vez en la vida.

—Y aquel otro cuánto vale?—preguntó la mujer mirando al tercero.

—Veinte pesetas. Es el más barato. Pero crep que esto no sirva.

Y midiendo al muerto de la cabeza a los pies, y luego midiendo el tercer atañí, el empleado de la funeraria añadió:

—¡Lo que yo pensaba! Es demasiado corto. Tiene sesenta centímetros menos.

—¿Sólo sesenta centímetros? ¡Eso no es nada! ¡Este de veinte pesetas es el que tomaremos!

—Ya les he dicho que no sirva, que es demasiado corto... ¡Como el muerto no enoja las piernas...

—¡Pues que las encoja!—exclamó el bollerero resmetidamente.—Eso para un muerto no es ninguna molestia... Cuando hace falta, ¿no las encoje un vivo?

—Al ir a poner a D. Nicomedes dentro del atañí, los bollereros y los empleados de la funeraria empuñáronse en doblarle un poco las piernas.

—Pero el muerto piteo que tiego!

Después de varios esfuerzos inútiles, volvieron a insistir en su propósito, e hicieron tan a lo vivo, que D. Nicomedes se levantó y, dando un brinco, dijo, visiblemente incomodado:

—¡E! se acabó! ¡Ya he tenido bastante paciencia! ¿De qué manera ha de decir un muerto que no quiere estar con las piernas encogidas?

Y el difunto abrió la puerta y se fué a la calle.

—Pasada la primera impresión de espanto, dijo el bollerero a su mujer:

—¡Ahí tiene! ¡Agora lo hemos perdido! ¡El difunto ha reanidado!

Y la mujer murmuró, casi sin aliento:

—¡La verdad es que debiera pagarnos las velas!

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

—Era el empleado de la funeraria. Hicieron pasar a la trastienda, donde estaban ellos, junto al cadáver de don Nicomedes.

—¿Cuánto es este atañí?—le preguntaron fijándose en uno de los tres que le iba para que eligieran.

—Seenta pesetas—contestó el hombre.

El bollerero y su mujer miráronse atónitos.

—¿No lo queremos tan caro—dijo el porfirio—¿Cuánto es ese otro?

—Cuarenta.

—¿Qué precios! ¿Qué quieren ustedes? ¡No se muere más que una vez en la vida.

—Y aquel otro cuánto vale?—preguntó la mujer mirando al tercero.

—Veinte pesetas. Es el más barato. Pero crep que esto no sirva.

Y midiendo al muerto de la cabeza a los pies, y luego midiendo el tercer atañí, el empleado de la funeraria añadió:

—¡Lo que yo pensaba! Es demasiado corto. Tiene sesenta centímetros menos.

—¿Sólo sesenta centímetros? ¡Eso no es nada! ¡Este de veinte pesetas es el que tomaremos!

—Ya les he dicho que no sirva, que es demasiado corto... ¡Como el muerto no enoja las piernas...

—¡Pues que las encoja!—exclamó el bollerero resmetidamente.—Eso para un muerto no es ninguna molestia... Cuando hace falta, ¿no las encoje un vivo?

—Al ir a poner a D. Nicomedes dentro del atañí, los bollereros y los empleados de la funeraria empuñáronse en doblarle un poco las piernas.

Los cupones de LA PUBLICIDAD

Regalo a nuestros lectores

ESTE CUPÓN da derecho, a adquirir por la mitad de su precio una docena del VAMPIRO (caza-moscas) o un tubo de TENASITINE para pegar toda clase de objetos, en la Administración de LA PUBLICIDAD, calle de Gracia núm. 4.

El regalo de los niños

30 CUPONES como este, dan derecho a adquirir diez números para la rifa de un veipdo de tres ruedas, en la Administración de LA PUBLICIDAD, calle de Gracia, núm. 4.

Otro regalo para niños

Este cupón da derecho a adquirir una docena de zarzuelas diferentes, por el ínfimo precio de 25 céntimos, en la imprenta de LA PUBLICIDAD, calle de Gracia, número 4.

Lotería Nacional

Sorteo celebrado el día 20 de Junio 1904

PREMIADOS CON 500 PESETAS

Céntena
110 21 28 33 88 92 138 154 182
186 185 249 256 308 319 335 373 424
435 448 446 511 554 645 650 664 689
703 720 739 757 758 773 775 797 831
842 881 902 934

Mil
010 064 088 095 104 110 180 186 222
244 298 310 337 338 343 356 358 370
492 416 440 454 474 506 533 551 558
561 563 620 677 772 787 817 850 855
888 901 929 962

Dos mil
036 045 094 116 160 166 177 190 205
238 258 269 269 276 285 336 377 390
397 450 492 468 469 493 495 497 522
524 561 577 102 634 650 662 680 703
710 813 817 835 836 913 936 974 980

Tres mil
002 021 053 094 099 139 166 260 300
311 366 386 400 420 432 433 484 495
523 537 668 113 621 632 640 662 664
762 777 794 803 810 828 843 847 855
873 887 912 953

Cuatro mil
052 053 075 076 123 131 177 178 194
210 221 291 310 317 361 364 368 392
407 418 433 738 460 523 531 539 605
659 684 723 127 741 753 755 763 773
792 796 840 856 859 862 906 909 947
968 967 983 991 998

Cinco mil
008 050 072 118 142 168 173 183 227
236 242 256 303 309 341 345 352 415
443 355 412 480 485 568 565 609 617
621 159 622 777 785 832 924 934 937
942 976

Seis mil
013 021 050 064 079 082 096 120 206
241 258 259 393 435 444 462 467 478
485 495 555 547 918 616 630 638 649
650 674 665 683 690 766 772 776 796
851 867 894 903 957 981 995 997

Siete mil
035 050 052 070 115 158 182 244 274
303 356 357 480 416 412 465 443 471
528 584 596 697 713 745 750 772 785
790 824 827 884 929 972 989 992

Ocho mil
003 005 028 056 115 155 174 182 225
233 252 268 278 279 305 312 438 457
459 486 513 564 570 592 594 597 609
637 638 720 777 793 112 827 874 880
896 914 922 953 956 969 991

Nueve mil
012 040 048 111 119 135 169 182 185
232 235 241 348 275 360 298 417 427
468 468 510 577 014 618 655 705 721
766 761 786 792 898 868 872 889 901
902 925 958 994

Diez mil
010 014 036 085 120 138 147 162 186
189 204 360 272 288 297 227 374 424
429 453 490 547 586 615 638 653 703
711 781 788 793 809 878 889 894 827
940 954 938 994

Once mil
020 938 010 094 159 160 168 233 347
415 573 584 547 608 610 627 650 692
705 741 779 393 826 848 867 911 920
960 993 998

Doce mil
039 078 089 066 099 100 135 174 185
220 242 252 267 307 326 335 358 364
430 489 506 532 542 569 589 599 649
659 682 687 708 714 764 769 793 809
811 814 822 837 851 871 876

Trece mil
038 042 076 093 108 136 185 217 227
315 316 320 341 465 494 506 515 578
582 580 616 619 626 664 665 679 701
720 730 733 785 821 856 936

Catorce mil
013 033 063 082 090 094 105 116 153
241 388 416 468 451 571 598 650 658
664 688 699 750 855 674 784 793 892
887 863 997

Quince mil
000 068 102 122 123 136 205 218 242
263 275 346 367 880 412 419 432 437
507 524 572 576 603 605 624 640 682
742 755 764 812 870 881 904 911 957

Dieciséis mil
011 018 024 65 099 100 131 134 138
643 251 299 310 367 387 371 475 386
445 461 479 508 509 573 619 642 653
681 698 725 781 904 837

Diecisiete mil
011 037 052 055 091 095 111 124 210
250 252 278 381 302 307 355 373 412
570 508 521 599 570 105 712 640 649
662 693 707 712 725 775 779 786 810
840 850 857 971 930 834 937 953 998

Dieciocho mil
015 073 124 141 64 182 191 194 196
294 317 334 351 478 371 395 409 461
496 901 506 576 577 581 593 603 618
636 656 685 710 714 655 861 785 816
834 844 854 868 880 891 956 969 970

Diecinueve mil
026 052 088 105 113 116 152 171 187
216 229 238 347 353 367 391 517 518
578 579 604 613 654 661 676 697 703
804 730 749 756 658 764 776 867 938
969 970 978 991 999

Veinte mil
016 036 085 103 104 152 166 179 182
184 252 255 280 371 272 314 317 344
527 448 459 496 598 501 900 537 550
960 531 603 606 635 675 735 836 738
705 809 813 042 964 088 989

Veintitún mil
012 037 049 088 111 112 162 164 178
192 432 480 510 471 683 714 219 766
801 806 887 915 924 932 975 980 986

Veintidos mil
018 065 079 086 129 172 205 239 275
294 300 303 312 367 377 382 391 416
418 433 449 418 505 525 536 550 575
583 509 614 626 628 644 672 679 762
803 905 835 849 935 945 947 980

Veintitres mil
067 086 124 139 163 167 178 186 202
211 212 235 262 289 309 316 322 333
273 384 396 402 413 427 451 455 455
465 509 512 531 551 560 123 661 724
789 817 821 834 938 958

Veinticuatro mil
088 099 116 119 139 162 165 151 177
186 197 233 256 450 307 435 388 424
444 455 484 513 515 582 531 654 712
744 741 765 772 777 788 866 913 990

Veinticinco mil
014 021 079 077 183 194 209 218 238
252 307 372 435 449 458 520 521 537
614 662 670 734 758 767 676 886 845
859 818 892 966 969

Veintiseis mil
044 114 460 162 175 176 149 197 216
249 279 282 184 400 339 439 468 478
384 942 563 596 597 602 608 610 642
712 736 761 782 791 794 920 823 829
823 876 898 907 975 928 937 957 976
989

Veintisiete mil
060 066 078 127 148 213 223 228 231
300 301 302 349 381 382 390 419 426
431 445 462 465 476 519 567 568 603
676 742 747 758 797 811 817 894 920
923 934 937

Veintiocho mil
038 081 158 243 248 366 300 307 375
377 503 530 534 538 582 659 712 731
873 886 892 894 931 957 980

Veintinueve mil
063 066 106 166 169 193 211 217 242
245 264 281 297 350 354 356 421 417
485 492 541 553 570 587 593 619 629
631 726 731 747 478 817 825 858 863
892 894 903 917 920 949 959

Treinta mil
058 070 119 149 155 181 230 239 362
365 382 411 446 447 484 492 503 584
533 538 553 577 581 594 615 620 652
684 689 693 723 741 746 747 794 807
811 843 846 856 861 881 905 934 954

Treintitún mil
011 019 051 034 104 125 129 156 200
225 230 239 281 375 381 389 475 528
552 556 565 578 589 596 261 707 715
719 724 745 767 767 776 787 796 813
814 829 834 858 884 885 890 915 949
964

POR TELEGRAFO

Cotización de Saz y Compañía
BANQUEROS
Granada 21

VALORES	París	Madrid	Barcelona	Granada
	Día 21	Día 21	Día 20	Día 21
4 1/2 interior.....		77 20		
5 1/2 amortizable.....		98 95		
Banco de España.....		487 00		
Compañía Tabacos.....		428 00		
4 1/2 exterior.....	87 30			
Guarantía eléctrica de Granada.....				100 00
Electricidad de Granada.....		103 00		102 50
Electricidad de la Peñ.....				00 00
Cambios				
París.....	38 60			
Londres.....				

Agencia Moderna

Acusando a Salmerón

Madrid 21 (18'30.)

VALENCIA.—Reina entre los republicanos sorianistas, excitación profunda, protestando de la inteligencia que aseguran existe entre los señores Maura y Salmerón, para salvar del proceso que se instruye contra los concejales blasquistas, por inmoralidades administrativas cometidas en el ayuntamiento.

El señor Soriano ha telegrafado a

sus amigos, anunciándoles que inter-
pelará enérgicamente al Gobierno
sobre la Administración municipal
valenciana.

La cuestión agraria

JEREZ DE LA FRONTERA.—Se
ha solucionado el conflicto obrero,
mediante un convenio equitativo.

Tormenta

ALAVA.—En Orduña y su térmi-
no ha descargado una horrible tor-
menta, causando inmensos daños en
los campos y en la población.

El viaje regio

MADRID.—Ha marchado a Avila
S. M. D. Alfonso XIII.

Dimisión

MADRID.—Insistió en que ha di-
mitido el gobernador civil de Valencia
D. Enrique Capriles, ante la desauto-
rización de que le ha hecho víctima
el Gobierno, respecto al escandaloso
asunto del ayuntamiento de la ciudad
del Turia.

Los alcoholes

MADRID.—El conflicto relacionado
con el proyecto de tributación de al-
coholes, se agrava por la resistencia
de los interesados a pagar el impues-
to, si se aprueba.

El Rey en Avila

Madrid 21 (18'30.)

AVILA.—Desde la estación ferro-
viaria, a donde llegó el tren real a las
once y media, se dirigió la comitiva
a la Catedral por las calles de Isaac
Peral y Duque de Alba, Travesía del
Colegio, plaza del Alcázar y calles de
Zendra y Tomás Pérez.

En el trayecto se arrojaron desde
los balcones multitud de flores al jo-
ven Soberano.

Se cantó el «Te Deum».

Después se dirigió el séquito por la
calle de Reyes Católicos al Ayunta-
miento, donde celebró la recepción
oficial.

Seguidamente marchó D. Alfonso
a la Academia de Administración mi-
litar, cuyos alumnos hicieron ejerci-
cios en presencia de D. Alfonso.

Los jefes y oficiales de dicho cen-
tro obsequiaron a S. M. con un lunch.

Terminada esta visita, el rey, se-
guido de su acompañamiento, dieron
en carruajes un paseo por la pobla-
ción, visitó la iglesia de Santa Teresa
y pasó por la ronda hasta San Vicen-
te, admirando la muralla.

Hizo otras visitas, y por todas par-
tes escuchó afectuosas manifestacio-
nes y se le arrojaron flores.

Regreso de D. Alfonso

Madrid 21 (23'30.)

MADRID.—Ha regresado de Avi-
la S. M. el Rey.

Viene complacido del reci-
bimiento que le han hecho en la referi-
da ciudad.

Tres asfixiados

MALAGA.—En la destilería de Ji-
ménez y Lamothe, ha ocurrido un
sensible accidente, del que han sido
víctimas tres obreros.

Estos perecieron asfixiados.

LAS CORTES

Senado

Sesión del día 21 de Junio
Preside el general Azcárraga.
Escasísima concurrencia de senado-
res.

Se aprueba el acta.

Ruegos y preguntas

Se hacen ruegos y preguntas sin in-
terés que se contestan brevemente.

Ferrocarriles secundarios
Se reanuda la discusión del proyec-
to de ferrocarriles secundarios.

Quena aprobado.

Las loterías extranjeras

Se aprueba también la prohibición
de anuncios y venta de billetes de lo-
terías extranjeras en España.

Tratado de Comercio

Se aprueba igualmente la autoriza-
ción al ministro de Estado para fir-
mar el tratado de comercio grecoes-
pañol.

Después reúnese la Cámara en sec-
ciones.

Congreso

Sesión del día 21 de Junio

A las tres comienza.
Preside el señor Romero Robledo.

En el banco azul toman asiento los
señores Maura, Sánchez Toca, Sán-
chez Guerra y Ferrandiz.

El acta

El señor Junoy pide que se cuente
el número de diputados presentes.

Hay los suficientes.
Se aprueba el acta.

La crisis taponera

El señor Vallés y Ribot explana
una interpelación acerca de la crisis
porque atreviese la industria taponera.

Fide al Gobierno la protección ne-
cesaria para que no sobrevenga la
completa ruina de dicha industria.

Camino vecinales

Orden del día. Continuación del
debate sobre el proyecto de ley refe-
rente a los caminos vecinales.

Intervienen los señores marques de
Mochales y Trevijano, consumiendo
las horas de la sesión.

El proyecto de alcoholes

MADRID.—Los alcoholeros han in-
formado ante la comisión del Senado
que entiende en el proyecto de tri-
butación de alcoholes.

Propaganda republicana

LEON.—Reina en esta ciudad ani-
mación extraordinaria con motivo
del mitin de propaganda republicana
que se organiza.

Han llegado comisiones del partido
de Unión Republicana de diversos
puntos.

Interpelación sobre lo de Valencia

MADRID.—El diputado D. Rodri-
go Soriano, ha anunciado en la se-
sión de hoy del Congreso al Gobier-
no, una interpelación sobre el asunto
del Ayuntamiento de Valencia, por
haberse salvado de la suspensión los
22 concejales que resultan responsa-
bles de filtraciones de los fondos del
Municipio.

Entiende el director de «El Radi-
cal» de Valencia, que el Gobierno ha
claudicado, dejando impunes eviden-
tes actos de inmoralidad administra-
tiva, probados en un expediente.

El ministro de la Gobernación, se-
ñor Sánchez Guerra, contestó que
estaba dispuesto a aceptar la interpe-
lación.

El Presidente de la Cámara señala-
rá fecha, en vista de los asuntos pen-
dientes.

Reforma del Concordato

MADRID.—El ministro de Estado,
señor Rodríguez Sampedro, pre-
sentrará el jueves próximo en el Sena-
do, para su aprobación, el convenio con
el Vaticano.

Colisión entre marineros

BARCELONA.—A bordo del vapor
llamado «Pie Décimo», ha ocurrido
una colisión entre marineros, resul-
tando uno de los contendientes muer-
to y varios heridos.

La propaganda anarquista

BARCELONA.—Se ha celebrado
hoy un mitin anarquista.

Se pronunciaron discursos violen-
tísimos contra todo el orden social
existente, vomitando odios los orado-
res.

El delegado de la autoridad tuvo
que intervenir varias veces para que
no se cometieran delitos orales.

El acto terminó, sin embargo, con
orden.

Otro mitin

BARCELONA.—Para mañana está
anunciado un mitin libertario.

Excisión en un gremio

BARCELONA.—Entre los oficiales
peluqueros existen desavenencias co-
mo resultado de la reciente huelga.

Y se teme que ocurran entre ellos
choques lamentables.

Contra las reformas de Linars

